

guir muy pronto la carrera de sus triunfos, y á conquistar, para sus huestes, nuevas y mas ventajosas posiciones.

Si comparamos este periodo histórico con los que le precedieron, no nos será difícil demostrar que la decadencia del imperio mahometano fué constante y progresiva; ora comparemos unos con otros los tiempos de desmembración y de discordias civiles, ora comparemos entre sí los tiempos en que recobró su unidad y su vigor, mérced á los esfuerzos de sus gloriosos capitanes.

La época turbulenta y desastrosa á que puso un término Almanzor, no fué tan desastrosa y turbulenta como aquella á que puso término Yusef, cuando respondiendo al llamamiento de los árabes de España, penetró por la península adelante con sus almoravides africanos. De la misma manera, la época gloriosa de Yusef no fué tan gloriosa para su raza y su imperio, como la de Almanzor para el imperio y la raza de los príncipes omiaditas. De donde resulta, que andando el tiempo, los periodos de unidad fueron menos prósperos; mientras que los de desmembración y de anarquía fueron mas turbulentos y anárquicos: es decir, que para los árabes de España, el *mal* estuvo siempre en un *progreso* constante, y el *bien* en una constante *decadencia*. Lo cual no deberá extrañarse, si se atiende á que el *bien* fué el resultado de la acción momentánea de los hombres; mientras que el *mal* tuvo su origen, por una parte, en la acción permanentemente deletérea del principio fatalista, y por otra, en el antagonismo profundo é invencible que existió siempre entre las diversas razas, de cuya agregación resultó el débil y deforme, aunque colosal imperio mahometano.

Volviendo ya á anudar el hilo de esta historia, diré, que apenas volvió sus espaldas la fortuna á la raza de los almoravides, cuando vino por tierra el edificio que Yusef levantó con su mano vencedora. ¡Tan endeble era su fábrica! ¡Tan frágiles sus cimientos! Para descubrir las causas de la debilidad interior del imperio mahometano en esta época, será bueno recordar aquí lo que manifesté al principio de este artículo, á saber: que la raza de los africanos, ocupando el grado mas ínfimo de la gerarquía social, era una raza de ilotas: así como eran razas aristocráticas las oriun-

das de la Arabia, del Egipto y de la Siria. Ahora bien: cuando los desacordados príncipes de los árabes de España abrieron á los almoravides africanos las puertas de la península, abdicaron su poder en esa raza plebeya, encontrando su muerte donde buscaron su remedio. Cuando la Providencia ha decretado la destrucción de un pueblo ó de una raza, un vértigo se apodera de la víctima, y ella misma se encamina al sacrificio.

Señores los africanos de toda la España mahometana, no encontraron delante de sí sino encarnizados enemigos, obstáculos insuperables, y resistencias invencibles. Para afirmar su dominación, tenían que vencer á un mismo tiempo á sus enemigos exteriores, y á sus enemigos interiores: á los cristianos, que inquietaban sus fronteras, y á las razas subyugadas que encontraban alimento y satisfacción para sus odios en los públicos desastres. Por donde se vé, que la unidad del imperio, durante la efímera dominación de los almoravides, fué aparente; puesto que los conquistadores, lejos de comprimir los elementos de discordias, fueron causa de su acelerado desarrollo. La conquista de los almoravides fué una revolución social; porque con ella se trasladó el poder, de las razas aristocráticas á las democráticas, de los árabes á los africanos, de la nobleza á la plebe. Esta revolución, que en apariencia dió unidad al imperio, fué realmente desastrosa; como lo es siempre una revolución que se realiza cuando el enemigo amenaza; porque al peligro que amenaza de fuera, añade el de los obstáculos que se desarrollan dentro.

Esto sirve para explicar, por qué los almoravides, luego que experimentaron los primeros desastres en el campo de batalla, se encontraron á su vuelta con sediciones interiores, que se embravecieron hasta el punto de hacer inevitable su ruina. Córdoba se sublevó contra Aly, siendo la silla de su imperio; y solo á favor de condiciones humillantes, pudo serenar la tempestad y reprimir el tumulto.

Solo faltaba un hombre á la sedición para ostentarse victoriosa: y ese hombre se presentó en el día y en la hora convenientes. Uno de los caracteres de la decadencia del islamismo es la aparición de

reformadores fanáticos, que rompiendo la unidad terrible de la fé, y dividiendo la sociedad mahometana en varias comuniones religiosas, entregaron á los vientos de las discordias, fatales para los imperios mas firmes, el vasto y colosal imperio fundado por el profeta.

Uno de estos reformadores fué Mohammed-ben-Abdalla, natural de Córdoba: y como todos los fanáticos, de encapotado ceño, de duro corazon, y de caracter melancólico y sombrío. Dotado desde su niñez de una actividad devorante, emprendió el viaje de Bagdad, en donde estudió con el famoso reformador Algazali, cuyas doctrinas habian sido condenadas por los verdaderos creyentes. Encendido su espíritu con las atrevidas ideas que inculcó en él su maestro, determinó propagarlas por el mundo. No transcurrió mucho tiempo, sin que estuviese seguido de discípulos numerosos, que muy pronto se convirtieron en sectarios. Llegado que hubo á Marruecos, capital del imperio africano de los almóravides, comenzó á sufrir destierros que le santificaron á los ojos de los suyos, y aumentaron su crédito y poderío entre la gente africana, raza en todos tiempos ansiosa de novedades y emociones.

Luego que tuvo la conciencia de su poder, levantó el estandarte de la insurreccion, seguido de sus almohades (es decir, unitarios, porque aspiraban á la extirpacion de la idolatría y á la persecucion de los cristianos que adoraban á Dios en tres personas) que desde sus primeros encuentros salieron siempre victoriosos: pero como muriese poco despues, en el año de 1129, fué proclamado sucesor suyo Abdelumen, digno de ser heredero de su dignidad y de su nombre, como dotado de sus mismas prendas, de su indomable ardor, y de su extraordinaria bizarría.

La destruccion de los almoravides del Africa fué obra de algunos instantes; y la de los almoravides de la península, obra solo de un momento. Los almohades fueron entonces señores del Africa y de la España mahometana juntamente.

Hallándose á la sazón divididos entre sí los príncipes cristianos, Abdelumen quiso romper por sus tierras tan de improviso y con un ejército tan poderoso, que no tuviesen tiempo para aparejarse á la

defensa comun, dejando antes ajustadas sus contiendas y dirimidos sus pleitos. Para este glorioso fin, publicó la guerra sagrada con la solemnidad religiosa de costumbre. Tan terrible anuncio puso en movimiento todas las gentes africanas, desde Tunez hasta el Océano, para servirme de las expresiones de un historiador, desde el gran desierto hasta Ceuta.

Este alzamiento en masa del imperio mahometano solo sirvió para hacer un vano alarde de su gigantesco poderío. Abdelumen murió, despues de revistadas sus tropas, que licenció el apocado y pacífico Yussef, hijo suyo y heredero de su poder, aunque no de sus virtudes marciales.

A Yussef le sucedió en el imperio su hijo, de nombre Yacub-ben-Yussef, á quien por sus victorias llamaron despues Almanzor; príncipe magnánimo, valiente y justiciero; y entre todos los príncipes de los almohades, sin duda, el mas digno de memoria y el mas esclarecido. Queriendo aprovecharse, como Abdelumen, de las discordias intestinas de los cristianos, marchó sobre Valencia contra Alfonso VIII de Castilla, á quien derrotó completamente en los campos de Alarcos, habiéndose trabado el combate, antes de que el cristiano recibiera los refuerzos que le habian prometido sus aliados de Leon y de Navarra. Por lo demas, esta victoria no fué parte para hacer de peor condicion la causa de los cristianos, ni para dar aliento á los infieles. El progreso de los unos y la decadencia de los otros tenian mas altas causas; la victoria, al punto á que habian llegado las cosas, no dependia ya de los azares de la guerra.

Almanzor falleció en mayo de 1199, y le sucedió su hijo Mohamed-Abu-Abdalla, conocido con el nombre de Alnasir. Este príncipe, afeminado á un tiempo y ostentoso, reunió bajo sus pendones, para humillar la soberbia de Alfonso de Castilla, uno de los ejércitos mas formidables que han existido en el mundo. La cristiandad se llenó de espanto; porque los enemigos que iban á lanzarse contra ella, eran tan numerosos como los granos de arena de los desiertos del África. El papa Inocencio III proclamó una cruzada contra los infieles de la península, que en su loco envanecimiento presumian

herir de muerte con sus innumerables falanges al Cristianismo en Europa. El punto de reunion para los cruzados fué la ciudad de Toledo. Pero como los reyes de Leon, de Aragon y de Castilla aguardasen inútilmente los auxilios extrangeros que esperaban, acometieron por sí solos, y con la ayuda de Dios, la empresa de salir al encuentro á sus contrarios. Empresa, atendida la diferencia del número entre cristianos é infieles, la mas temeraria de cuantas nos refieren las historias.

Llegados al pié de las montañas que se elevan como linderos entre Castilla y Andalucía, ocupadas á la sazón por el ejército enemigo, un pastor de nombre Isidro, á quien Madrid festeja como á patron, y que la Iglesia celebra como santo, les enseñó la senda que habian de seguir para sorprender á los infieles. Los cristianos, aprovechando el aviso que por la boca de un pastor recibian indirectamente del Cielo, siguieron adelante por la senda desusada; y con admiracion y sorpresa de sus aterrados enemigos, dominaron de repente las alturas. Encastillados en ellas por espacio de dos dias, al tercero, descendieron á las para siempre memorables llanuras de Tolosa, en donde dieron y ganaron la batalla de las Navas.

Con esta prodigiosa victoria, las innumerables falanges de agarenos mordieron el polvo de la tierra. Infantes y ginetes pasaron como fantasmas que huyen: y sus ensueños gloriosos de engrandecimiento y de conquistas se disiparon, como el humo que se disipa en los aires.

Esta victoria preparó, si no llevó á cabo, la destruccion del islamismo. Desde entonces todo fué confusion, desaliento y congoja en el campo de los infieles y en sus ciudades populosas, por donde pasaron efimeros usurpadores. Desmembrado el imperio, gefes independientes, y enemigos unos de otros, se disputaron su ensangrentado cadáver. Poco despues aparecen D. Jaime de Aragon, y San Fernando: el primero, conquistador del reino de Valencia; y el segundo, conquistador de Sevilla. El islamismo se refugió entonces en la ciudad de Granada, que comienza á brillar á mediados del siglo xii.

Hasta aquí hemos asistido al espectáculo de su decadencia: vueltos ya nuestros ojos á Granada, solo podemos asistir al espec-

táculo de su agonía. Pero el imperio mahometano no debia extinguirse, como se extinguen los demas imperios del mundo. Sintién-dose en paso de muerte, quiso festejarse á sí propio; y mandó á sus artistas que preparasen sus cinceles, y á sus poetas que templasen su cítara sonora; y abrió sus puertas á todas las gentes y naciones; y se embriagó con los perfumes; y se perdió en los confusos laberintos de sus jardines orientales; y mandó á la Europa que pusiese sus ojos en sus galas, que eran las galas de una víctima; y que envidiase su civilizacion, que era la vana cultura de un imperio decrepito y moribundo; y que escuchase su canto, que era el último canto del cisne.

Cuando los reyes católicos se presentaron á sus puertas, el cisne suspendió su dulce y profano canto; porque Granada la hermosa debia dar á los vientos mas severas armonías, esclava ya de mas adustos señores.

Antes de concluir este artículo, será bueno que hagamos algunas breves reflexiones sobre el imperio de los árabes en España. Despues de haber recorrido rápidamente la série de los acontecimientos, como el órden cronológico lo exige, será bien que, agrupando esos mismos acontecimientos, como la filosofia lo requiere, pongamos la consideracion en las leyes generales á que obedecieron en su sucesivo desarrollo; y que los examinemos en conjunto.

Varios hechos generales llaman desde luego la atencion en esta historia de ocho siglos. Los sarracenos no salen nunca vencedores, sino cuando un hombre grande los dirige. Los hombres grandes no desaparecen jamás, sin que, por el vacío que dejan, no penetren los vientos de las discordias; y sin que una rápida desmembracion no venga á debilitar las fuerzas vitales del imperio. En esta historia, se advierte una regularidad que pasma. El que haya estudiado uno de sus periodos, conoce ya todos los que le preceden, y todos los que le siguen. Todos los desastres llevan consigo unas mismas consecuencias; todas las victorias producen unos mismos resultados.

Los árabes, conducidos por un gefe experimentado, triunfan en Guadalete de los godos: este es el primer capítulo de su historia. El imperio, necesitado de un capitan, se desmembra: este es el

segundo capitulo. = Capitulo 3.º Los árabes colocan el cetro en las poderosas manos de los príncipes omiaditas, y vencen. = Capitulo 4.º Los príncipes omiaditas pierden su primitivo vigor, y el imperio se desmembra. = Capitulo 5.º Almanzor aparece, y los árabes triunfan. = Capitulo 6.º Fallece Almanzor, y el imperio se desmembra. Y así los demás capítulos.

Cualquiera diría, al recorrer con sus ojos esta historia, que es la historia de las funciones regulares de una máquina, y no de la actividad regular y espontánea de un gran pueblo. Y el que esto dijese, diría bien; porque no es dado á los hombres hacer vivir con su aliento á las sociedades humanas. Mahoma quiso imitar á Jesus; pero Jesus era Dios, y Mahoma era hombre: por eso, aquel dejó una sociedad sobre la tierra, y este una máquina en el mundo.

El dogma de la fatalidad despojó á los mahometanos del temor por las desgracias futuras: por eso, se adormecían con las victorias presentes, sin que se guarecieran nunca de las desgracias posibles. El dogma de la fatalidad los despojó de la esperanza; por eso, no se atrevían á esperar ni á luchar contra el destino, en los días de sus desastres. Su resistencia hubiera sido un crimen: su esperanza una abominación; porque criminal y abominable cosa es aspirar á dirigir el curso de las cosas, estando escrito en lo alto.

Ahora bien, como un pueblo que ni teme ni espera, no obra; y como un pueblo que no obra, tarde ó temprano sucumbe, cuando poderosos enemigos le hostilizan; los árabes debieron sucumbir ante los cristianos, en su desigual contienda.

La tierra del islamismo, en la península española, fué una tierra estéril: en vano, para fertilizarla, corrió á torrentes la sangre de ejércitos africanos: esos ejércitos y esa sangre no pudieron hacer fecundas sus armas. El islamismo habia secado sus jugos; y no hubieran podido fecundarla toda la sangre de los hombres, todas las lluvias del Cielo.

Averiguadas las causas de la progresiva decadencia del islamismo, solo nos falta volver los ojos hácia los soldados de la cruz, para encontrar en sus creencias y en sus instituciones el secreto de sus victorias.

II.

Ya di larga cuenta de los vicios interiores que fueron enflaqueciendo poco á poco la endeble constitucion del vasto imperio de Córdoba; pero, como quiera que su final postracion y abatimiento se debieron tambien en parte á las virtudes marciales y civiles de los pocos que refugiados en Asturias se derramaron despues por toda la península española, me ha parecido conveniente volver los ojos hácia el lugar de su refugio, para descubrir allí el origen de aquella para siempre famosa monarquía, cuyos principios fueron tan livianos, como gloriosos sus hechos; destinada como estaba para concebir y llevar á cabo las mas altas y ajigantadas empresas.

Los proscriptos que prefirieron á la tranquila servidumbre con que los brindaba el vencedor, la peligrosa libertad que las montañas ofrecen á los desamparados de la fortuna en sus inaccesibles asperezas, acudieron á las provincias septentrionales, venidos de todos los puntos del horizonte de España. Y aunque debieron ser diversos los hábitos, diversos los pareceres, y diversas las inclinaciones de tan confusa muchedumbre, entregada á los varios movimientos de su soberano albedrío, todavía se encontraron allí dos motivos poderosos de fraternidad y de concordia: conviene á saber: su creencia comun, y su comun infortunio. La desgracia y la fé han sido siempre entre los hombres dos fuertes vínculos sociales; mientras que en los días de incredulidad y de bonanza conmueve los cimientos de la sociedad el huracan de las revoluciones, y tiende sus raices por el suelo, y levanta su cima hasta las nubes el árbol de la discordia, cuyo desábrido fruto da la muerte.

Adoradores del mismo Dios, y víctimas de una misma catástrofe, los proscriptos, que abrigaban unos mismos deseos, y que